

# ¡Ese extraño angelito!



*¡Ese extraño  
angelito!*

Jimmy Huston

COSWORTH PUBLISHING

## Dedicado a Jophiel

Copyright © 2025 Jimmy Huston

ISBN 978-1-965153-38-3

Todos los derechos reservados, incluido el derecho a usar o reproducir este libro o partes del mismo en modo alguno sin el permiso por escrito del editor salvo en el caso de citas breves incluidas en artículos o críticas.

Cosworth Publishing  
21545 Yucatan Avenue  
Woodland Hills CA 91364  
*www.cosworthpublishing.com*

Para más información sobre este consentimiento,  
escríbanos a *office@cosworthpublishing.com*.

## Capítulo Uno

### Un nuevo nombre

No parecía un ángel, parecía un niño pequeño con algún tipo de problema. Claro, alas y a veces se le veía la aureola, pero se notaba que algo no iba bien. Además, se había roto un ala en un accidente y no había sanado completamente. (Por eso no le gustaban las alturas).

No era que estuviera descalzo; eso parecía estar bien, ni siquiera era que estuviera bastante sucio. Incluso el mejor de los ángeles necesita un baño de vez en cuando.

Fue el cigarro. Eso era lo que no parecía estar bien. No estaba encendido, pero lo masticaba en la comisura de los labios.

Quizá te preguntes: “¿Por qué viene un ángel por una calle llena de gente que vive en la acera?”

¿Quieres decir “por qué está aquí” o “por qué está caminando”? ¿O ambas cosas?

¿Por qué camina y no vuela?

Pues resulta que volar cuesta mucho trabajo. En primer lugar, los ángeles no son tan ligeros. Pesan más o menos lo mismo que una persona de su tamaño, y eso significa que sus alas no son lo bastante grandes. Es cierto que tienen buen aspecto, pero si intentas moverlas lo bastante rápido como para despegar, te cansarás enseguida. Y si has fumado un puro, te quedarás sin aliento enseguida.

(Por eso el puro no estaba encendido. Sólo lo masticaba. Sabía que los niños no deben fumar, especialmente los ángeles).

¿Por qué estaba aquí?

Llevaba un tiempo viviendo en la calle, así que ahí es donde se encontraba cuando empezó esta historia.

En ese momento estaba paseando en el viejo monopatín amarillo que había encontrado, que tenía una rueda rota y hacía un ruido constante, pero no le importaba porque, de todos modos, nadie le prestaba atención. Ni siquiera la policía.

Y eso era bueno, porque definitivamente había un policía más adelante.

El policía le gritaba a un adolescente estresado llamado Leroy porque ya no podía acampar en la acera. Había tanta basura amontonada que la gente no podía pasar, aunque de todos modos ninguna de las personas

normales quería pasar al lado de un vagabundo. Leroy llevaba un tiempo viviendo en su coche, y todas sus pertenencias no cabían dentro, así que se desparramaban por la acera y la bloqueaban.

A la mayoría de los policías no les importaría, pero a este sí. Quería que el chico moviera su coche y todas sus cosas a un barrio que no fuera tan bonito como éste (y no es que fuera especialmente bonito).

Leroy le mostró que su coche tenía cuatro ruedas pinchadas. Era un lugar para vivir, no algo para transportarse.

En ese momento llegó la grúa y el niño se echó a llorar. Leroy sabía que iba a perderlo todo.

Y eso enfureció al ángel.

Oh, espera un minuto ...

¿Ese ángel es “él” o “ella?”

Yikes. ¡Ese ángel es una chica!

Perdón por la confusión, pero caray. Ella es un desastre. ¿Qué ha pasado?

Bueno, ciertamente no siempre ha sido un ángel.

Cuando era sólo una niña había sido... sólo una niña. Una niña sin hogar, pero una niña. Una niña que vivía en un coche con su infeliz madre y todo lo que poseían. Era duro, pero de algún modo se las arreglaban, yendo de un horrible aparcamiento a otro, hasta que un día su madre enfermó.

Había hecho todo lo posible por cuidar de su madre, pero entonces ella también enfermó. Tosían mucho en su pequeño coche abarrotado y las dos tenían fiebre. El coche no funcionaba porque no tenía gasolina, así que

mamá tuvo que ir andando en busca de ayuda.

Y nunca volvió.

Desde debajo de una manta en el asiento trasero, la tos y la fiebre empeoraron y empeoraron....

Después de despertar muerta, las cosas no mejoraron. Todavía no había ningún lugar adónde ir. Sin casa, ni escuela. Ni siquiera un parque infantil. Si había un cielo en alguna parte, ella no sabía cómo era. No había escaleras, ni ascensor. Ni siquiera una señal. Y las alas no ayudaban mucho.

Al menos ya no tosía. Y no tenía hambre todo el tiempo.

Las alas eran nuevas, pero no llevaban instrucciones. Intentó moverlas, pero no pasó nada. Corrió y aleteó, corrió y aleteó, y corrió un poco más, hasta que se agotó y decidió que no podía volar más alto de lo que ya podía saltar. Cuando regresó, todo había desaparecido.

La policía había remolcado el coche en el que ella y su madre habían estado viviendo.

Y por eso ella realmente no quería que este policía remolcara el de Leroy.

¿Pero qué puede hacer un ángel? Especialmente uno pequeño.

Mientras el policía discutía con Leroy, el conductor de la grúa utilizó un tanque metálico para poner aire en las ruedas pinchadas del chico, una a una, para poder remolcarlo.

Mientras eso ocurría, el angelito iba por ahí quitando el aire de los neumáticos de todos los coches de

policía. Leroy se echó a reír. Cuando el policía se dio la vuelta y vio que tenía cuatro ruedas pinchadas, se puso furioso.

Corrió hacia el angelito, mostrando las esposas. Cuando la agarró del brazo y le puso las esposas, éstas le atravesaron la muñeca. No dolió ni nada. Era como si no fuera real. Nerviosa y asustada, agitó un poco las alas y se sorprendió cuando se elevó en el aire.

El policía también se sorprendió. Incapaz de alcanzarla, gritó: “¡Ese extraño angelito!”

Y así es como obtuvo su nombre. Bueno, no era un nombre propio, pero es como la llamaron (a veces con una gran sonrisa). Con el tiempo, pasó a llamarse simplemente Angelita, que significa “pequeño Ángel”.

Como el depósito de aire estaba vacío, no había nada que hacer por un coche de policía con cuatro ruedas pinchadas, salvo remolcarlo (con un policía muy enfadado dentro).

Angelita cogió una bomba de la vieja y oxidada bicicleta del chico y se turnaron para llenar las ruedas del coche. Tuvieron que bombear frenéticamente, pero cuando terminaron, metieron todas sus cosas en el coche y se marcharon antes de que el policía pudiera volver.

Angelita tampoco quería estar allí cuando volviera el policía, así que se subió a su monopatín y se alejó rodando.

## Capítulo Dos

### Déjala ir

Bueno, al principio todo había sido bastante confuso porque Angelita no estaba muy segura de cómo ser un ángel. No había habido entrevista de trabajo ni nada. No había clases de orientación ni manual alguno, que ella supiera.

¿Cuáles eran las normas? No insultar, por supuesto. No fumar. No asesinar, lo cual era comprensible. No robar, que siempre es una tentación cuando no tienes dinero y vives en la calle. ¿Podría decir mentirijillas o hacer trampas a las cartas? ¿Podía tirar basura a la acera? Viviendo en la calle había aprendido a tener mucho cuidado de no infringir ninguna ley, pero siempre

podía haber un error, o un policía malo. ¿Hay policías ángeles? ¿O cárceles de ángeles? No parecía probable.

Su ropa estaba sucia, como siempre. ¿Había una lavandería de ángeles? ¿Había monedas de ángel para las lavadoras y secadoras? ¿Había dinero de los ángeles?

Había algunas cosas buenas, sin duda, en ser un ángel. No tenía que ir a la escuela. Aunque le gustaba mucho la idea de ir a la escuela, no había sido fácil para una niña sin domicilio.

Al menos, la gente ya no podía mirarla, a menos que ella quisiera que la vieran. Por lo general, tampoco podían ver sus alas, ni ese molesto halo que se deslizaba sobre sus ojos.

Ahora la gente no podía herirla, ni siquiera herir sus sentimientos. Ella estaba más allá de eso.

Ya no tenía hambre, pero iba a echar de menos el cono de helado ocasional que su madre le compraba después de un buen día de mendigar en una salida de la autopista.

¿Había otros angelitos de su edad vagando por ahí? Si era así, tal vez podrían formar un club. Nunca había estado en un club. Eso podría estar bien.

¿Había un cuartel general de ángeles en alguna parte o un hotel de ángeles donde todos dormían? ¿Duermen los ángeles? Si no es así, ¿se pasan la noche dando vueltas, haciendo qué? ¿Leen revistas de ángeles o ven la televisión hasta altas horas de la noche? ¿Beben café para mantenerse despiertos?

¿Como ángel, se espera que luche contra demonios? ¿Qué son los demonios? ¿Serán pequeños, como ella, o monstruosamente grandes? ¿Habrá armas? ¿Los

ángeles pueden resultar heridos? Ya están muertos. Eso probablemente fue suficiente, pero ¿quién sabe?

Mientras caminaba por la calle, preguntándose todas estas cosas y más, se fijó en una niña llamada Eileen que estaba sola en la acera, y al instante supo cuál era su problema.

Casi podías verlo en sus ojos valientes y atormentados, buscando algo desesperadamente, pero eran las piernas de Eileen las que la delataban. Se apretaban una y otra vez, casi golpeándose. Era una niña que necesitaba orinar desesperadamente. ¿Pero dónde?

Antes de convertirse en un ángel, estos eran los peores momentos del día de Angelita. Hacía tiempo que había aprendido que, donde había indigentes, todos los baños públicos estaban cerrados. Odiaba los retretes apestosos que a veces estaban allí, pero que normalmente no lo estaban. Odiaba pedir ir al baño en los puestos de hamburguesas cuando no tenía dinero para comprar nada. Sobre todo, odiaba tener que acucillarse entre los arbustos y esperar que nadie la viera. Y nunca había suficiente papel higiénico.

Ahora que era un ángel, una de las mejores cosas era no tener que ir al baño.

Era la cosa más simple, y quizás la más humana, simplemente necesitar hacer pis. No era mal comportamiento, ni maldad. Era simplemente necesario para todos. ¿Por qué alguien se opondría? Pero ella sabía por lo que estaba pasando esa niña. Realmente lo sabía.

Entonces, el angelito cogió a Eileen de la mano y la guio escaleras arriba hasta una biblioteca. Dentro, a los bibliotecarios no les gustaban los vagabundos, pero



no había mucho que pudieran hacer salvo susurrarse molestas quejas unos a otros.

En el baño, Angelita ayudó a Eileen a lavarse y le enseñó a dejar el lugar un poco más limpio de lo que estaba cuando ella había llegado. Su madre siempre había insistido en ello. Cuando una bibliotecaria entró a ver cómo estaban, se sorprendió por ello y les sonrió.

Mientras salían por las grandes salas de lectura de la biblioteca, Eileen miró a su alrededor, asombrada por todos libros. Murmuró que nunca había estado en una biblioteca. Angelita le preguntó si le gustaba leer y buscó un libro muy especial para enseñárselo.

Fue este libro.

A Eileen le gustó, pero no reconoció a Angelita como el ángel de la historia. Eso habría sido demasiado obvio.

La bibliotecaria se acercó a ver qué hacían, así que Angelita supo que debía marcharse antes de que Eileen llegara a esta página y la reconociera. Se escabulló por la ventana más cercana y se deslizó hasta la calle sobre sus alas. Parecían funcionar mejor después de hacer algo bueno por alguien, así que aterrizó suavemente y sin hacerse daño.

Maybe being an angel wasn't going to be so bad after all. She was going to miss sometimes eating ice cream, but she was used to that. She was ready to be an angel.

But what did that mean?

Tal vez ser un ángel no iba a ser tan malo después de todo. Iba a echar de menos comer helado de vez en cuando, pero ya estaba acostumbrada. Estaba lista para ser un ángel.

Pero ¿qué significaba eso?

## Capítulo Tres

### Clavados de Ángel

Cualquiera que adquiriera unas alas sentirá curiosidad por ellas. ¿Funcionan? ¿Es volar tan divertido como todo el mundo imagina? Angelita no era diferente, así que decidió practicar con sus alas.

Cuando había intentado volar no parecían funcionar muy bien, pero cuando no lo intentaba—cuando estaba ayudando a alguien—podía flotar hacia el cielo.

Eso no era suficiente, porque si necesitaba volar no siempre habría una buena acción esperándola cerca.

Sin duda necesitaba practicar, pero debería haber sabido que no debía subirse a una escalera de incendios para hacer un vuelo de prueba. Angelita era